

TÍTULO: ANTON BRUCKNER, BAJO LA INFLUENCIA (¿O NO?) DE RICHARD WAGNERAUTOR: *Nicolas Crapanne*

Publicado en el Richard Wagner Museum

<https://richard-wagner-web-museum.com/publications/anton-bruckner-sous-linfluence-ou-non-de-richard-wagner/>**Introducción**

La influencia de Richard Wagner en los compositores alemanes y austriacos de la segunda mitad del siglo XIX parece obvia. Por su ambición musical, su orquestación innovadora y su concepto de «drama musical», Wagner influyó así en toda una generación de músicos que, después del Maestro, intentaron encontrar su identidad a través de una construcción musical y un lenguaje propio de cada uno de ellos. Entre ellos, Anton Bruckner. Organista de formación, este genial compositor fue considerado a menudo un ferviente discípulo del Maestro de Bayreuth. Sin embargo, la influencia wagneriana en la obra de Bruckner sigue siendo una cuestión compleja que requiere un análisis matizado.

Si es cierto que Bruckner sentía una admiración ilimitada por Wagner, ¿era en realidad un mero imitador? ¿Cuál fue la naturaleza exacta de esta influencia y en qué medida determinó su lenguaje musical? Esta cuestión no puede limitarse a un análisis superficial. Para responder a esta pregunta, es necesario examinar primero la biografía de Bruckner y su relación con Wagner, antes de estudiar en detalle el alcance de la influencia de Wagner en su obra. Finalmente, será necesario poner en perspectiva los elementos de continuidad y diferencia entre los dos compositores para resaltar la propia originalidad de Bruckner en el contexto musical de su tiempo.

**I- RECORDATORIOS BIOGRÁFICOS Y RELACIONES ENTRE BRUCKNER Y WAGNER***Anton Bruckner de joven.***1. Los inicios de Anton Bruckner: entre la tradición y la modernidad**

Anton Bruckner nació el 4 de septiembre de 1824 en Ansfelden, Alta Austria, en una familia modesta con un profundo vínculo con la música. Su padre, profesor y organista de pueblo, le enseñó el teclado y los principios básicos de la armonía desde muy

pequeño. Demostró rápidamente cierto talento para el órgano, instrumento que le acompañaría durante toda su vida.

Tras la muerte de su padre, en 1837, fue enviado como estudiante interno al monasterio de San Florián, donde recibió una rigurosa formación. La enseñanza musical impartida por los monjes reforzó su gusto por el contrapunto y la música sacra. Rápidamente se convirtió en organista adjunto de la abadía y mostró un gran interés por la composición. En esta época, su estilo permaneció profundamente arraigado en la tradición clásica y religiosa, con una marcada influencia de compositores como Haydn, Mozart y Schubert.

En 1845 inició su carrera como profesor itinerante, ocupando diversos puestos en pueblos austriacos, al tiempo que continuaba sus estudios musicales. No fue hasta 1855 cuando obtuvo un puesto más permanente en Linz, como organista de la catedral. Su forma de tocar impresiona por su maestría técnica y expresividad. Este período también marcó un punto de inflexión en su formación académica: insatisfecho con sus conocimientos de composición, decidió tomar cursos de teoría musical y contrapunto con Simon Sechter, un respetado profesor del Conservatorio de Viena.

La formación que imparte Sechter es extremadamente rigurosa, basada en principios estrictos de escritura musical y armonía. Bruckner desarrolló un agudo sentido del desarrollo temático y de la estructura, que influiría profundamente en su enfoque sinfónico. Sin embargo, en esta etapa, su universo musical permanece muy alejado de las audacias armónicas y orquestales de Wagner.

2. El encuentro decisivo con Wagner

La verdadera transformación de Bruckner llegó en 1863, cuando descubrió la música de Richard Wagner bajo la influencia de su maestro Otto Kitzler. Este último le hizo escuchar 'Tannhäuser' y 'Lohengrin', obras que cambiaron su concepción musical. A partir de ese momento, Bruckner ya no se contentó con la escritura tradicional y buscó integrar innovaciones armónicas y orquestales en sus propias composiciones.

El choque estético continuó en 1865, cuando asistió a una representación de 'Tristán e Isolda' en Munich. Esta experiencia marca una revelación. Le fascina la intensidad emocional de la música wagneriana, su audaz cromatismo y su expansión de la forma orquestal. Bruckner comenzó luego a experimentar con técnicas similares en sus obras, aunque mantuvo un fuerte apego a la forma sinfónica tradicional.

En 1873 tomó la iniciativa de encontrarse con Wagner en Bayreuth y le regaló sus partituras. Admirado, decidió dedicarle su Tercera Sinfonía. Wagner, halagado, aceptó y expresó su apoyo al compositor austriaco. Este reconocimiento del Maestro de Bayreuth es una consagración para Bruckner, que ve en él un modelo absoluto.

Sin embargo, es importante señalar que Wagner, aunque respetuoso con la obra de Bruckner, no jugó un papel activo en la promoción de sus obras. A diferencia de otros compositores cercanos al círculo wagneriano, como Humperdinck, Bruckner no se benefició del apoyo estratégico del maestro. Su relación quedaría marcada sobre todo por la admiración unilateral de Bruckner hacia Wagner, más que por una verdadera colaboración artística.

3. Admiración mal entendida

La influencia de Wagner sobre Bruckner pronto suscitó controversia en el mundo musical vienés. De hecho, la ciudad fue escenario de una feroz rivalidad entre los partidarios de Brahms y los de Wagner. Esta oposición, alimentada por el crítico musical Eduard Hanslick, resultó en un rechazo casi sistemático de las obras de Bruckner en los círculos conservadores.

Hanslick, defensor a ultranza de la llamada música "pura", criticó a Bruckner por su desmesurada admiración por Wagner y sus experimentos orquestales, que consideraba excesivos. Sus duras críticas perjudicaron considerablemente la recepción de las sinfonías de Bruckner, especialmente la Tercera, cuyo estreno en 1877 fue un rotundo fracaso. Abrumado por los ataques, Bruckner se vio obligado a revisar varias de sus obras para hacerlas más accesibles al público.

Este rechazo por parte de una parte del mundo musical contrasta con la acogida entusiasta que recibió de otro círculo de admiradores. Algunos músicos, como Gustav Mahler y Franz Liszt, lo reconocen como un compositor visionario. La Séptima Sinfonía, creada en 1884, marcó un punto de inflexión al proporcionarle un éxito tardío.

A pesar de estas dificultades, Bruckner se mantuvo fiel a sí mismo. Su carácter humilde y profundamente religioso le llevó a componer sin preocuparse por las modas ni las querellas estéticas de su tiempo. Continuó perfeccionando su lenguaje musical, integrando ciertos elementos wagnerianos sin abandonar nunca su herencia clásica y su apego a la forma sinfónica.

II. LA OBRA MUSICAL DE BRUCKNER: UN ALCANCE EXTRAORDINARIO Y UNA PROFUNDIDAD CREATIVA SIN PRECEDENTES

1. Un catálogo rico y monumental

Anton Bruckner dejó alrededor de 124 obras, que abarcan un amplio espectro de géneros musicales, desde la música sacra hasta grandes sinfonías orquestales. Aunque algunas de sus primeras composiciones son poco conocidas, una veintena de sus obras se han consolidado como pilares importantes del repertorio sinfónico del siglo XIX. La originalidad de su lenguaje y la profundidad espiritual de sus escritos lo convierten en una figura esencial en la historia de la música.

2. Sinfonías: una estructura y una estética únicas

Las sinfonías constituyen el corazón de la obra de Bruckner y se distinguen por varias características fundamentales:

- Una escritura monumental donde predominan el metal y las estructuras macizas.
- El uso recurrente del coral instrumental, que confiere a los finales una particular solemnidad.
- Una influencia del folclore austríaco perceptible en ciertos motivos rítmicos y melódicos.
- Un enfoque armónico que explora los límites de la tonalidad, especialmente en su Novena Sinfonía.

Aunque sus contemporáneos a veces percibían sus sinfonías como reservadas a las sensibilidades germánicas, hoy gozan de una creciente popularidad entre los amantes de la música y los músicos de todo el mundo. Su influencia es innegable en Gustav Mahler, su alumno en Viena, quien continuaría esta expansión orquestal y temática en sus propias obras.

3. La estructura de las sinfonías de Bruckner

Las sinfonías de Bruckner amplían el legado de Beethoven al desarrollar una arquitectura de cuatro movimientos bien definida:

- Primer movimiento (forma sonata, 4/4 o 2/2): a menudo se abre con un trémolo en las cuerdas y presenta un primer grupo temático en pianissimo, antes de un crescendo progresivo hacia un tutti orquestal. El segundo grupo, más lírico, sigue una estructura de Lied (A-B-A'), a veces compleja y contrapuntística.
- Movimiento lento (Adagio, 4/4): de naturaleza meditativa y profundamente espiritual, adopta con frecuencia una estructura tripartita (A-B-A'). Ciertos movimientos, como el

Adagio de la Novena Sinfonía, se consideran entre los más conmovedores del repertorio sinfónico.

- Scherzo (3/4, a menudo en modo menor): enérgico y rítmico, a menudo construido sobre ostinatos potentes y contrastado por un Trío más lírico, a menudo inspirado en los Ländler austríacos.

- Finale (forma sonata, 4/4 o 2/2): a la manera del primer movimiento, desarrolla varios temas contrastantes y cierra con una coda imponente, donde el motivo inicial del primer movimiento se repite y magnifica a menudo.

Una de las mayores contribuciones de Bruckner es esta capacidad de construir edificios sonoros monumentales, donde la progresión armónica y temática crea una sensación de grandeza casi mística.

4. El "problema de Bruckner": múltiples versiones y ediciones.

Una de las particularidades del corpus de Bruckner reside en la multiplicidad de versiones de sus sinfonías. Durante su vida, Bruckner, acosado por las dudas e influenciado por sus estudiantes y editores, revisó a menudo sus partituras, a veces radicalmente. Así, existen varias sinfonías en diferentes versiones, como por ejemplo:

- La Tercera Sinfonía, ampliamente reelaborada entre 1873 y 1889.
- La Cuarta Sinfonía (Romántica), de la que existen varias variantes, especialmente la versión de 1874 y la más refinada de 1878-1880.
- La Octava Sinfonía, revisada en 1890 después de que una primera versión se considerara demasiado compleja.

Estos cambios se realizaron a veces bajo presión de los críticos y músicos de la época, lo que dio lugar a interpretaciones divergentes de la versión "auténtica" de las obras de Bruckner. El debate musicológico en torno a las ediciones original y revisada, a veces llamado el «problema Bruckner», sigue siendo un tema importante en la interpretación de su obra.

5. Una influencia duradera en la música del siglo XX

Aunque Bruckner fue subestimado durante su vida, su obra influyó profundamente en la música del siglo XX. Su concepción orquestal y la gestión del tiempo musical allanaron el camino para compositores como Gustav Mahler, quien ampliaría esta expansión orquestal integrando elementos narrativos y psicológicos en sus sinfonías.

Compositores modernos como Olivier Messiaen también se han inspirado en la espiritualidad de Bruckner y en su uso de la resonancia orquestal. Asimismo, directores como Herbert von Karajan y Sergiu Celibidache han contribuido a redescubrir la riqueza de sus partituras y a consolidarlas en el repertorio sinfónico mundial.

III. LA INFLUENCIA DE WAGNER EN LA MÚSICA DE BRUCKNER: REALIDAD Y LÍMITES.

La influencia de Richard Wagner en Anton Bruckner es innegable, tanto musical como personal. Sin embargo, esta relación no puede reducirse a un simple vínculo entre discípulo y maestro. La influencia wagneriana en Bruckner se manifiesta en préstamos directos, una integración de procesos orquestales y armónicos específicos, pero también en una distancia estilística que da testimonio de una marcada autonomía artística. Bruckner, profundamente enraizado en la tradición sinfónica germánica heredada de Beethoven y Schubert, adaptó ciertas innovaciones de Wagner sin negar sus propias aspiraciones estructurales y espirituales.

1. Préstamos directos de Wagner: citas y homenajes asumidos

Associació Wagneriana. Apartat Postal 1159. 08080 Barcelona
[Http://www.associaciowagneriana.com](http://www.associaciowagneriana.com) info@associaciowagneriana.com

La fascinación de Bruckner por Wagner se expresa musicalmente mediante referencias explícitas a las obras del Maestro de Bayreuth. Estos homenajes son particularmente visibles en varias sinfonías:

- La Tercera Sinfonía en re menor (1873, revisada en 1877 y 1889), a menudo llamada la “Sinfonía Wagner”, es un caso ejemplar de influencia explícita. En su versión original de 1873, Bruckner insertó citas directas de Tannhäuser, Lohengrin y La Valquiria. La introducción orquestal retoma el motivo del Coro de Peregrinos de Tannhäuser, mientras que a lo largo de todo el desarrollo aparecen préstamos melódicos de Lohengrin. Sin embargo, bajo la presión de la crítica desfavorable, Bruckner eliminaría estas referencias en revisiones posteriores, afirmando gradualmente su independencia estilística.
- La Séptima Sinfonía en mi mayor (1881-1883) ilustra otra forma de homenaje. Su Adagio, concebido como reacción a la muerte de Wagner en 1883, se distingue por el uso de la tuba wagneriana, un instrumento diseñado por el propio Wagner para la Tetralogía. Esta orquestación específica, unida a las largas frases melódicas y modulaciones cromáticas, confiere a la obra una gravedad y una intensidad fúnebre características de la estética wagneriana.
- La orquesta wagneriana en las últimas sinfonías: Bruckner adopta ciertos elementos orquestales específicos de Wagner, en particular el uso masivo de metales, las audaces armonías cromáticas y la densificación de las texturas sonoras. En la Octava Sinfonía, la construcción del tutti orquestal y el tratamiento de los instrumentos de viento en el contrapunto recuerdan por momentos a Parsifal (1882), sobre todo en el modo en que manipula el color del sonido y la expansión armónica.

2. La integración de los procesos wagnerianos en un marco sinfónico

Aunque Bruckner retoma ciertas características del lenguaje wagneriano, no se ajusta al modelo del drama musical. A diferencia de Wagner, que desarrolla sus motivos en un flujo continuo, Bruckner se mantiene fiel a una organización sinfónica en movimientos muy diferenciados. Sin embargo, observamos varios puntos de convergencia:

- Armonía cromática y tensión dramática: Wagner revoluciona la armonía con Tristán e Isolda, en particular a través del acorde de Tristán, emblema de la suspensión tonal y la tensión armónica. Bruckner incorpora modulaciones cromáticas comparables, especialmente en la introducción al Final de la Novena Sinfonía, donde la superposición de acordes crea una impresión de suspensión armónica cercana a los procedimientos wagnerianos.
- Crescendos dinámicos monumentales: Una de las técnicas típicas de Bruckner, la “Wellenform”, consiste en construir largas ascensiones orquestales seguidas de silencios abruptos. Esta técnica, que recuerda los efectos dramáticos de La entrada de los dioses en el Valhalla (El oro del Rin), es particularmente sorprendente en el primer movimiento de la Cuarta Sinfonía (Romántica), donde la orquesta alcanza un clímax antes de morir abruptamente.
- El coral de metales: Wagner utiliza instrumentos de metal de manera exaltada en Parsifal y El ocaso de los dioses, pero Bruckner los convierte en un elemento central de su escritura sinfónica. El gran coral del tercer movimiento (Adagio) de la Octava Sinfonía es un ejemplo perfecto de esta influencia: lejos de ser meramente decorativo, funciona como un clímax estructural y espiritual de la sinfonía.

3. Un lenguaje musical entre la herencia y la originalidad

A pesar de estos préstamos, Bruckner desarrolló un lenguaje musical propio. Se diferencia de Wagner en varios aspectos fundamentales:



- Una arquitectura sinfónica en bloques: donde Wagner favorece la transformación continua de motivos, Bruckner segmenta su discurso musical en grandes secciones yuxtapuestas, a menudo separadas por pausas (Generalpausen). Estos silencios no son interrupciones, sino respiraciones estructurales que confieren a su estilo una solemnidad única.

- Una orquestación más segmentada: a diferencia de Wagner, cuya escritura fusiona constantemente timbres orquestales, Bruckner adopta un enfoque más claro y jerárquico. Esta diferencia es notable en la Sexta Sinfonía, donde las superposiciones orquestales son claramente distintas y las intervenciones de los metales marcan hitos sonoros imponentes.
- Una espiritualidad trascendente: mientras que Wagner se inspira en los mitos germánicos y en una visión schopenhaueriana de la redención a través del amor, Bruckner inscribe su obra en una profunda fe católica. Su Te Deum (1884), considerado por algunos como un equivalente al final faltante de la Novena Sinfonía, ilustra esta orientación mística.

4. Comparación estilística: ¿ruptura o continuidad?

Aunque la influencia de Wagner es innegable, persisten varias diferencias fundamentales entre ambos compositores:

El papel del ritmo y el tiempo musical: donde Wagner privilegia un flujo continuo y orgánico, Bruckner construye sus sinfonías sobre estructuras rítmicas repetitivas y crescendos monumentales. El Scherzo de la Sexta Sinfonía es un ejemplo sorprendente: un pulso implacable, casi arcaico, que contrasta con la fluidez melódica de Wagner.

- La evolución de los motivos: En Wagner, los leitmotifs evolucionan constantemente para reflejar la evolución psicológica de los personajes. Bruckner, por otro lado, trabaja sus temas de forma estática, desarrollándolos gradualmente a través de la expansión orquestal en lugar de la transformación temática.
- El enfoque de la tonalidad y la armonía: si Wagner empuja los límites tonales con cromatismos incesantes (Tristán), Bruckner favorece un enfoque más modal, con progresiones diatónicas ancladas en una estética de órgano. Esta concepción armónica confiere a su música una estabilidad estructural que contrasta con la inestabilidad emocional de las obras wagnerianas.

5. Una herencia asimilada pero no servil.

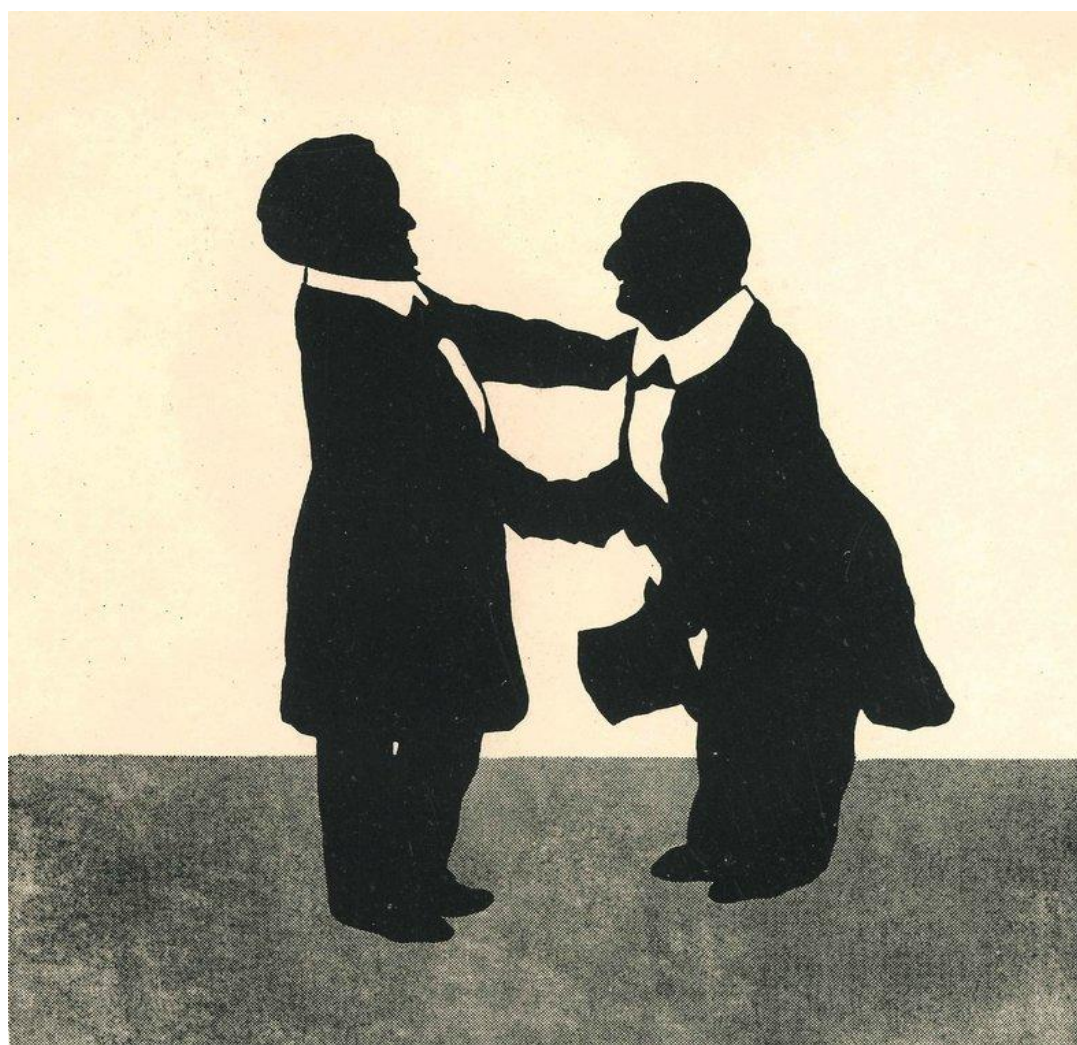
Lejos de ser un simple seguidor de Wagner, Bruckner incorporó algunas de sus innovaciones al tiempo que forjaba un lenguaje sinfónico personal. Su admiración por el Maestro de Bayreuth nunca se tradujo en una imitación servil, sino en una reapropiación selectiva de los avances orquestales y armónicos.

Bruckner sigue siendo así una figura única en la música sinfónica del siglo XIX, oscilando entre la tradición y la modernidad. Sus sinfonías, verdaderas catedrales del sonido, trascienden la oposición entre clasicismo y vanguardia para consolidarse como obras atemporales. Si Wagner marcó su evolución, Bruckner supo transformar esta influencia en un estilo propio, confirmando su lugar entre los más grandes sinfonistas de su tiempo.

CONCLUSIÓN

Es difícil negar la influencia de Wagner en la música de Bruckner, tanto en la obra en sí como en muchos elementos compositivos comparables. Tanto a nivel personal como a nivel musical. Sin embargo, llamar a Bruckner un mero discípulo sería una simplificación excesiva. Su admiración por Wagner nunca se tradujo en una imitación servil, sino en una integración parcial de ciertas innovaciones en un marco sinfónico adecuado.

De este modo, Bruckner sigue siendo un compositor profundamente original, cuya obra se sitúa en la encrucijada de las tradiciones clásica y romántica. Sus sinfonías, lejos de ser meras variaciones de la estética wagneriana, representan una visión única y poderosa de la música orquestal. En última instancia, si bien Wagner influyó indudablemente en la carrera de Bruckner, este último fue capaz de forjar su propio camino independiente, confirmando su lugar entre los más grandes sinfonistas de su tiempo.



Wagner y Bruckner: siempre amigos